



Palabras de la Ministra de Ciencia e Innovación, Cristina Garmendia, en el acto de entrega de distinciones “Ciudad de la Ciencia y la Innovación”

Madrid, 13 de enero de 2011

Altezas Reales,
Vicepresidente,
Secretarios de Estado, Secretario General,
Alcaldes,
Autoridades:

Es difícil que alguno de los fundadores de Boston pudiera pensar que su nueva ciudad llegaría a ser, algún día, la primera capital mundial de la investigación, como lo es hoy de acuerdo al ranking recientemente publicado por la revista NATURE.

Lo único que sabemos es que, al asentarse en la bahía de Massachusetts en 1630, los colonos concibieron una ciudad marinera que pronto sería un próspero puerto internacional. Sabemos también que tuvo que llegar una crisis internacional para que la ciudad se reinventara, en la segunda mitad del siglo XIX, convirtiéndose en un importante centro manufacturero.

Y sabemos, por último, que no sería hasta la segunda mitad del siglo XX cuando —tras una profunda renovación urbanística, una clara apuesta por la salud pública como motor de desarrollo, y un continuo respaldo a sus universidades y centros de investigación— Boston llegaría a convertirse en el gran polo intelectual, científico y tecnológico que es hoy en día.

La historia de Boston es en gran medida la de todas las capitales de la ciencia que aparecen en el citado ranking global. Una clasificación que se elabora periódicamente y en la que, por

cierto, destaca la clara trayectoria ascendente de la ciudad de Barcelona, cuyo alcalde nos acompaña hoy.

Hablamos de poblaciones que han sabido reinventarse a sí mismas. De comunidades ciudadanas orgullosas de su tradición y su pasado, pero dispuestas a adaptarse a los cambios y capaces de proyectar y construir su futuro.

Durante estos últimos casi tres años como ministra he tenido ocasión de visitar muchas poblaciones españolas de distinto tamaño y origen, que comparten esa misma pulsión evolutiva, esa capacidad para afrontar y superar los retos de su tiempo, para transformarse sin perder su esencia, para integrar el desarrollo tecnológico y científico en su cultura y su economía.

Hoy, Altezas, nos acompañan representantes de 30 municipios ejemplares en este ámbito, una pequeña muestra de las capacidades y de las voluntades con las que cuenta España para abordar sus actuales desafíos.

Recuerdo muy bien mi visita a Béjar, en la que pude ver a una pequeña ciudad industrial que aborda con valentía su incorporación a la economía verde y al turismo de calidad, dejando atrás un pasado centenario de manufactura textil, del que se siente orgullosa y en el que se sigue inspirando.

Recuerdo también mi paso por Mataró, ciudad pionera en la revolución industrial del siglo XIX, que contó con el primer ferrocarril y también con la primera autopista española y que quiere y puede seguir estando a la cabeza del progreso tecnológico en los próximos años.

Son tan solo dos ejemplos de ciudades que he visitado recientemente. Pero son dos de los muchos municipios en los que, por iniciativa municipal, la ciencia, la innovación y el emprendimiento se están convirtiendo en un revulsivo, señalando el camino del cambio de modelo productivo.

Un cambio del que con demasiada frecuencia se habla en términos lejanos y de futuro, cuando en realidad, ya ha comenzado y nos atañe a todos.

Un proceso que se está produciendo aquí y ahora:

No sólo en los principales núcleos urbanos
No exclusivamente en los grandes polos industriales,
No únicamente en las empresas de sectores tecnológicos

Sino también —y especialmente— en tantas pequeñas y medianas empresas de sectores económicos maduros y tradicionales que están repartidas por municipios de todos tamaños en nuestro país.

Cierto que es un cambio lento y silencioso —como lo son todos los cambios importantes— y que su ritmo se ha visto afectado por la dura crisis que atravesamos.

Pero la crisis no hace sino señalar aún más la necesidad de avanzar más rápido en este camino que ya habíamos emprendido como país, especialmente desde que, en 2005, la I+D pasara a convertirse en una prioridad central para el Gobierno.

Cierto es también que la crisis, con su demanda de medidas urgentes y con la losa del paro, oculta muchos de los avances positivos que estamos haciendo entre todos en materia de ciencia e innovación.

Y por ello es preciso destacar estos avances, recordando además la importancia del contexto local en el que se producen. Nuestras universidades, nuestros centros de investigación y nuestras empresas se ubican en municipios cuyas decisiones, en uno u otro sentido, influyen de forma determinante en el éxito de científicos, tecnólogos, emprendedores e inversores.

Así lo cree el Gobierno y ésta es, por encima de muchas otras, la principal razón para haber creado las distinciones “Ciudad de la Ciencia y la Innovación” que hoy otorgamos por primera vez.

Altezas Reales,
Queridos alcaldes:

Es justo reconocer que los municipios no habéis recibido, hasta ahora, el crédito que os corresponde por apoyar las actividades de ciencia e innovación en vuestro territorio.

Hoy comenzamos a saldar esta deuda, sabiendo que detrás de cada proyecto de futuro —de cada uno de los proyectos innovadores que los 30 municipios hoy distinguidos decidieron incluir en su cartera del planE— había sin duda otros menos innovadores que quedaron fuera.

Junto a las voces que apoyaron estas iniciativas hubo sin duda otras que defendieron iniciativas distintas, seguramente también necesarias, pero con menor capacidad transformadora para vuestros municipios.

Lo importante, lo que reconocemos hoy, es la convicción de aquellos que apostaron por la ciencia y la innovación. No premiamos tan sólo un resultado —el éxito de aquellos proyectos o la consecución de la distinción— sino una actitud: la que atesoran todos vuestros municipios con independencia de su tamaño y de su historia.

Una actitud de cambio y de progreso que nos hace pensar que el día de hoy no es, ciertamente, un final, sino más bien un principio.

Porque sabemos que ante nuevas encrucijadas volveréis a tomar la decisión correcta de apostar por el futuro. Y porque vosotros sabéis que contáis, desde hoy mismo, con el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación para seguir avanzando en este camino.

Altezas Reales,
Autoridades:

Ninguno de los 30 municipios que hoy distinguimos fueron fundados ni crecieron pensando en convertirse, algún día, en ciudades de ciencia e innovación. Algunos tienen una identidad agrícola, marina o comercial y otros un fuerte carácter industrial.

Pero hay algo que os une: vosotros, queridos alcaldes, sabéis mejor que nadie lo difícil que es anticiparse a las necesidades de una ciudad, acompañar su desarrollo y dar respuesta a las demandas de sus vecinos.

Sabéis también que, muy probablemente, aquellas actividades que marcaron el origen y crecimiento de vuestras poblaciones, las que han forjado vuestra identidad, no tienen por qué seguir siendo el motor de su desarrollo futuro. Un desarrollo social y económico que será necesariamente complejo y diverso, pero que no podrá producirse, nunca más, de espaldas a la ciencia y la innovación.

Y por eso, pasos como conseguir esta distinción son importantes para vuestros pueblos y ciudades, y son ejemplares para el conjunto de la ciudadanía española porque nos muestran el camino a seguir y porque nos demuestran que todos, sin excepción, podemos seguir ese camino.

Muchas gracias.